

# EL DISCERNIMIENTO DE LA VIDA APOSTÓLICA

PARA REFLEXIONAR Y REVISAR TU VIDA

Antonio Sánchez Orantos, CMF



MISIONEROS  
CLARETIANOS  
HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Materiales de la Prefectura General  
de Espiritualidad y Vida Comunitaria

# 13







## 1. El discernimiento cristiano

---

*Así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con que cuidado, con que pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo conversaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba! Y así en todo, por manera que, con la ayuda del Señor, me proponía imitar del todo a Jesucristo, a fin de poder decir, si no de palabra, de obra, como el Apóstol: «Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo.» (Padre Claret, Aut. 387).*

La oración y el apostolado (místicos de la acción) son dimensiones fundamentales de nuestra vida: radicados en la experiencia de amor generada por la contemplación de un Dios Madre/Padre (que engendra y mantiene la vida: *Patris Mei*), somos enviados (experiencia del Espíritu: *Spiritus Domini*) a engendrar caminos de liberación para las pobrezas humanas (celo apostólico) entregando gratuitamente nuestras vidas (la caridad nos urge: *Charitas Christi*). Convergencia vital (espiritualidad) de oración y acción: camino carismático (don de gracia) que abre nuestras vidas a la configuración con Jesús, el Cristo para ser testigos del Evangelio en la historia humana.

Pues bien,

*Debe notarse que entre las muchas astucias del demonio para engañar a las personas espirituales, la más común es engañarlas preferentemente bajo la apariencia de bien que bajo la de mal, pues bien sabe que ellos difícilmente escogen un mal conocido como tal (San Juan de la Cruz, Cautelas 10).*

*Es propio del mal espíritu tomar la apariencia de un ángel de luz. Comienza por sugerir pensamientos que corresponden a un alma devota y termina sugiriendo los suyos propios (San Ignacio, EE. II semana, regla 40).*

*¡Oh, cuán bueno sois, Padre mío! ¡Quién acertara [a] serviros siempre con toda fidelidad y amor! ¡Dadme continuamente vuestra gracia para conocer lo que es de vuestro agrado, y fuerza de voluntad para ponerlo por obra! ¡Ay, Señor y Padre mío, no deseo más que conocer vuestra santísima voluntad para cumplirla, no quiero otra cosa más*

*que amaros con todo fervor y serviros con toda fidelidad! ¡Madre mía, Madre del amor hermoso, ayudadme!... (P. Claret, Aut. 136).*

Solemos relacionar la tentación con la invitación expresa a pecar: invitación a oponernos deliberadamente al querer de Dios; oposición, que como sabemos, daña radicalmente el orden natural (ecología y fraternidad). Sin embargo, las personas con una espiritualidad madura suelen superar, habitualmente, sin grandes dificultades, la tentación al mal deliberado: reconocen el mal y con fortaleza lo rechazan.

Pero existe la tentación sutil: la invitación a separarnos del querer de Dios en nombre de la «fidelidad» (*fariseísmo*). A esta forma de tentación se refiere el conocido texto de Apocalipsis (3, 19):

*Yo sé lo que vales; no eres ni frío ni caliente, ojalá fueras lo uno u otro. Desgraciadamente eres tibio, ni frío ni caliente, y por eso voy a vomitarte de mi boca. **Tu piensas: soy rico, tengo todo, nada me falta. ¿No ves cómo eres un infeliz, un pobre, un ciego, un desnudo que merece compasión?**... Por fin, pídemelo un colirio que te pongas en los ojos para ver. Yo reprendo y corrijo a los que amo; vamos, ánimo y conviértete.*

La tentación que **bajo signo de fidelidad** (bajo especie de luz, bajo apariencia de bien) nos separa de Dios, por compleja y sutil, y, a menudo, inconsciente, requiere ser puesta al descubierto, iluminada, identificada, discernida.

Pero antes de iniciar este proceso de iluminación, recordemos, brevemente, **qué es el discernimiento**.

- **Discernimiento**: actitud vital que permite acceder al fundamento de nuestras decisiones (moción: motivación afectiva) para **renovar** nuestra entrega a Dios y a los hombres.
- **Discernimiento**: proceso de iluminación que **purifica** y **confirma la disponibilidad** para amar y servir generosamente a Dios y a los hombres.
- **Discernimiento**: decisión de **imitar a Cristo** (ocupar los lugares históricos que Jesús ocupó) para que el Espíritu (gratuitamente) nos **configure con Él**.

- **Discernimiento: camino de liberación**, exterior e interior, que enfrenta todo aquello que oscurece o condiciona nuestra fidelidad («indiferencia» ignaciana; «nadas» de San Juan de la Cruz; «deseo de íntima identificación» de Claret).

Y después de este **gran combate espiritual** (lucha por la libertad: camino de liberación) siempre llega la **consolación de Dios porque propio de Dios es alegrar**. La consolación es paz, inspiración a la bondad, oración afectiva, intensidad de fe, confianza, celo apostólico.

*El buen ángel y el mal espíritu pueden dar consuelo al alma, aunque con propósito muy diferente. El buen ángel consuela para el progreso del alma, para que avance y se levante a lo más perfecto. El mal espíritu consuela con propósito contrario, para que después pueda arrastrar al alma según sus propias perversas intenciones de maldad. Así debilita al alma, o la inquieta, o destruye la paz, quietud y tranquilidad que tenía antes, causando turbación al alma (San Ignacio, EE., II semana, regla 3 y 4).*

*(Las comunicaciones aparentemente devotas que vienen del mal espíritu) causan en el alma ya sea agitación, sequedad, y vanidad o presunción. Sin embargo, las comunicaciones del demonio no son tan eficaces en hacer daño, como lo son las comunicaciones de Dios en hacer bien. Pues las comunicaciones diabólicas sólo pueden suscitar los primeros movimientos sin capacidad para mover a la voluntad. Las comunicaciones divinas, en cambio, penetran el alma, mueven la voluntad para amar y dejan su fruto en ella. (San Juan de la Cruz, Subida, II, c. 11, 6)*

*Oh, Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos a tus hijos, aun cuando parezca que estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien; yo deseo no turbarme con mis trabajos, penas y persecuciones, pues tan presto habéis de venir a visitarme y consolarme en ellos. Dadme, Señor, aquel gozo interior que ni demonio, ni mundo, ni criatura alguna puede arrebatarme, y, poseyendo yo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo (P. Claret, Notas espirituales, BAC, p. 784).*

La consolación, aunque no siempre acompañada de consuelos

sensibles (de aquello que nos gusta...; de aquello que hemos proyectado o soñado y, por eso, deseamos) es, siempre, ajustamiento personal, impulso para la fidelidad:

*En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu. No busquemos la gloria vana provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente (Ga 5, 22-26).*

Una última advertencia. Debido a la naturaleza engañosa de la tentación bajo apariencia de bien (bajo apariencia de luz) y a nuestra falta de libertad interior, el discernimiento personal corre el riesgo de concluir en falsedad. Por eso, es necesario dejarse acompañar por personas competentes. Volvamos a leer a nuestros maestros:



Cuando el enemigo de la humanidad tienta a un alma justa con sus engaños y seducciones, mucho desea que éstos se reciban y **queden en secreto**. Pero si uno los manifiesta a un confesor o a alguna otra persona espiritual que entienda sus engaños y malos designios, el demonio se acobarda. Porque sabe que no puede tener éxito en su mal propósito, una vez que su evidente engaño ha sido revelado (San Ignacio, EE., I semana, regla 13).

Es común en el demonio engañar bajo la apariencia de bien. Para hacer lo bueno, y estar a salvo en este punto, **hay que pedir el consejo apropiado** (San Juan de la Cruz, Cautela 10)

Tendrás un confesor y **director espiritual fijo**, sin andar de uno a otro, que es una maña de que se vale Satanás para hacer pecar a los jóvenes, con la sugestión de que ya se confesarán con otro, como dice San Felipe Neri; **te llevarás por sus consejos; serás franco e ingenuo con él**; no te presentarás para órdenes sin que él te lo aconseje (P. Claret, El colegial instruido, II, BAC, EE., p. 276)

## 2. Las tentaciones de la vida apostólica

---

Advierta, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más progreso harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en la oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales con ella; porque, de otra manera, todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño (San Juan de la Cruz, Cánt. espiritual, can. 29, anot. 3).

Estimulado a trabajar para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, como he dicho hasta aquí, diré ahora de qué medios me valía para conseguir este fin, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados. El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del purgatorio (Padre Claret. Aut. 264).

## 2.1. El fundamento de la misión: la caridad apostólica

Toda actividad humana exige competencia, uso de métodos adecuados, convicciones, actitudes adecuadas...

*(El fin que me proponía era la mayor gloria de Dios... Por eso escribí en forma de Avisos para todos los estados de la sociedad; pero los que más me llevaban tras (de) sí el corazón fueron los Niños y las Niñas...) La otra clase que más [me] llamaba la atención era la clerical. ¡Oh si todos los que siguen la carrera eclesiástica fueran hombres de **verdadera vocación, de virtud y de aplicación al estudio!** ¡Oh qué buenos sacerdotes serían todos! ¡Qué [de] almas se convertirían! (P. Claret, Aut. 325-326).*

Pero, la misión apostólica exige algo más: **la autenticidad espiritual es esencial porque se trata de ser signo real (sacramento) de Dios en la historia de los hombres.**

La razón teológica es evidente: Jesucristo es el único **enviado (Hijo, Mesías, Siervo) que puede salvar**; nosotros somos sus testigos en la medida que respondemos a su llamada (estar con él y curar enfermedades, expulsar demonios). La misión apostólica sólo es posible en comunión con Jesús, el Cristo.

*El amor de Dios y del prójimo produce un efecto muy semejante al del fuego. El fuego de la pólvora hace saltar por los aires cualquier objeto que lo comprima, impele hacia arriba las balas y las bombas; el fuego del vapor hace correr a toda velocidad los vagones de los trenes y empuja los buques que surcan la olas del mar; así, el fuego del Espíritu Santo hizo que los santos apóstoles recorrieran el universo entero... Inflamados por el mismo fuego, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo para anunciar la Palabra de Dios de modo que pueden decirse, con razón, a sí mismos las palabras del apóstol San Pablo: Charitas Christi urget nos. La caridad o el amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y a volar con las alas del santo celo (P. Claret, El egoísmo vencido, BAC, p. 416-417).*

## 2.2. La primera virtud del misionero apostólico: la humildad

*Para adquirir las virtudes necesarias que había de tener para ser un verdadero Misionero apostólico, conocí que había de empezar por la humildad, que consideraba como el fundamento de todas las virtudes... ¡Ay Dios mío, perdonadme, que ya me arrepiento de veras! Al recordar mi vanidad me hace derramar muchas y amargas lágrimas... (Padre Claret, Aut. 341).*

Solo la Palabra de Dios salva: Jesús, el único Mesías Salvador. Por eso, **la tentación del mesianismo** aparece como la primera y la más radical en el trabajo del misionero apostólico. Tentación que invita a usurpar el puesto de Jesús: el misionero apostólico se constituye en centro y fin de toda su acción. Tentación que invita a olvidar que la llamada incluye la exigencia de «estar con Él». Tentación que va penetrando sutilmente la vida y, entonces, no hay misión (envío): sólo autoafirmación y se quiebra la humildad que exige la caridad apostólica.

El mesianismo es una actitud deficiente respecto al Señorío de Dios. Ciertamente el misionero apostólico así tentado puede rezar, recurrir a Él cuando aparecen problemas, pero... se trata de incorporar al Señor, o mejor, al que de palabra se invoca con el nombre de Señor, a su trabajo, para tener más éxito, ser más «mesías», y no para incorporarse al trabajo de Dios (obediencia humilde), que es lo propio del apostolado: **sólo el plan de Dios es salvífico**.

Esta tentación se manifiesta de manera clara en la relación deficiente que el misionero apostólico establece con los hombres y mujeres que encuentra en su camino:

- Incapaz de delegar responsabilidades y tareas...
- Cada vez, mayor desconfianza respecto a los demás; y, progresivamente, sólo unos pocos, habitualmente réplica fiel de sus deseos personales, rodean permanentemente la vida del tentado.

La desconfianza en los colaboradores del apostolado refleja

desconfianza en Dios: contenido implícito de la tentación del mesianismo. **Confiar en Dios supone confiar prudencialmente en los demás. Y esta confianza en los demás implica, necesariamente, la confianza en el Dios que enseña que su proyecto salvador es proyecto de comunidad.**

*Con mucha frecuencia repetía aquella petición de San Agustín: No-verim te, noverim me (Que me conozca a mí mismo y así Te conoceré: tal es mi plegaria" -Solil., l.2, c.1- 9-)... Si algo soy, si algo tengo, todo lo he recibido de Dios. El ser físico no es mío, es de Dios; Él es mi criador, es mi conservador, es mi motor... Conozco que no puedo invocar el nombre de Jesús ni tener un solo pensamiento bueno sin el auxilio de Dios, que sin Dios nada absolutamente puedo. ¡Ay cuántas distracciones tengo a pesar mío!... (P. Claret, Aut. 343-347)*

**Un misionero apostólico fiel revela, con su vida, que alguien confió en él enviándole para atender las exigencias del Reino y, por eso, confía en los demás.**

El mesianismo, además, compromete el futuro de la evangelización. El «misionero apostólico mesiánico» se identifica con su obra de tal manera que cuando él desaparece, aquella acaba. El verdadero apostolado que construye el Reino de Dios en la Iglesia (comunidad de comunidades - misión compartida - sinodalidad) contribuye siempre a renovar la vida eclesial.

La tentación del mesianismo se manifiesta, también, con suma fuerza en **el activismo**: aumento desmesurado de la distancia entre la acción y la vida del misionero apostólico. Es evidente que debemos aceptar una inadecuación entre el ser y el actuar: es nuestro camino de maduración, es decir, debemos siempre procurar que nuestro actuar sea expresión de nuestro ser, aunque nunca lleguemos a una plena identificación. Pero, en el caso del activismo, la inadecuación está agudizada y tiende a crecer, no a disminuir, como sería el ideal de todo proceso de maduración.

El activismo tiene muchas expresiones. Una de ellas es la falta de renovación de la vida personal.

- De modo sistemático, la oración es insuficiente y deficiente.
- No hay tiempos prolongados de soledad y retiro.
- No se cultiva el estudio. Apenas se lee.
- Ni siquiera hay tiempo para descansar lo suficiente y reponerse.
- Hay exceso de trabajo, de actividades múltiples. La agenda de compromisos suele estar repleta. Todo, eso sí, ¡en nombre de Dios y de servicio a los demás! No olvidemos la sutileza de la tentación: bajo signo de la luz, bajo el signo de la fidelidad.

Surge, así, un círculo vicioso, cuyo origen no es fácil de precisar: el aumento de actividad hace cada vez más difícil tomar las medidas necesarias para construir un verdadero camino de renovación interior. Y la incapacidad (cada vez mayor) para renovarse, tiende a compensarse y a disfrazarse con un nuevo aumento de actividades. Círculo infernal que mata la fidelidad.



El activismo, una de las distorsiones más radicales del evangelizador. El misionero apostólico se transforma en un profesional que multiplica iniciativas, habitualmente buenas, pero sin discernir la voluntad de Dios. Entonces, el así llamado trabajo apostólico oscurece el sentido y el fin de la Evangelización. No se trabaja al ritmo de Dios. Y al acelerar procesos, no sólo se dificulta la formación de las personas, sino, también, se las hiere e incapacita para el Reino de Dios.

Y, entonces, cuando acontece el fracaso de acciones y programas, aparece **la tentación de la impaciencia apostólica, el signo preclaro de la falta de humildad, de la falta de escucha, de la falta de obediencia (ob-audire: escuchar a lo otro, a los otros y al Otro)**. Y las expresiones negativas empiezan a acompañar la vida del misionero apostólico: «con esta gente no se puede hacer nada»; «la cultura de hoy invita toda ella a la negación de Dios»; «los jóvenes son superficiales e inmaduros»... La impaciencia y el desaliento caminan siempre juntos. Ambos son hijos del orgullo (autosuficiencia) y del olvido radical de que «ni el que planta ni el que riega es nada, sino Dios que hace crecer» (1 Cor 3, 7)

Mesianismo, activismo e impaciencia **convierten la confianza en Dios en una farsa**. No hay escucha humilde (obediencia), el Señor ocupa segundos lugares. Como mucho es requerido como recurso para casos graves y de emergencia. Se olvida su presencia en la vida cotidiana. Y cuando se trata de verdaderos frutos de evangelización (el Reino de la Gracia), y no de resultados psicológicos -de necesidad de autoafirmación-, sólo puede haber confianza absoluta en el Señor y desconfianza absoluta en uno mismo.

*Conocí clarísimamente que de mí nada tengo sino el pecado. Si algo soy, si algo tengo, todo lo he recibido de Dios. El ser físico no es mío, es de Dios; Él es mi criador, es mi conservador, es mi motor por el concurso físico. A la manera que un molino, que por más bien montado que esté, si no tiene agua, no puede andar, así he conocido que soy yo en el ser físico y natural... Conozco que no puedo invocar el nombre de Jesús ni tener un solo pensamiento bueno sin el auxilio de*

*Dios, que sin Dios nada absolutamente puedo. ¡Ay cuántas distracciones tengo a pesar mío!... Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, en conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento, gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia de Dios, y prefiero estar en Dios que en mí mismo. No me suceda lo que a Luzbel, que conocía muy bien que todo su ser natural y sobrenatural estaba totalmente dependiente de Dios, **y fue soberbio, porque, como el conocimiento era meramente especulativo**, la voluntad estaba descontenta, y deseó llegar a la semejanza de Dios no por gracia, sino de su propia virtud (P. Claret, Aut. 344-347).*

En la vida apostólica la confianza en Dios y la confianza en uno mismo, las dos necesarias, no pueden estar a la misma altura: o se confía en Dios o se confía en uno mismo. Desconfianza y confianza son aquí cualidades teológicas, no psicológicas. Es decir, no se trata de inseguridad personal; complejos de inferioridad; falta de autoestima; incapacidad para reconocer los talentos personales que Dios nos ha regalado y, seguramente, en abundancia. Es deseable en el misionero apostólico la confianza en sí mismo: autoestima. Pero esta confianza no puede llevar al olvido de que toda nuestra vida, todo nuestro proyecto vital, está en manos de Dios. **Es la auténtica confianza en el Dios de la Vida la que otorga al misionero apostólico una confianza psicológica radical, aquella que puede faltar cuando se descubren las limitaciones humanas, cuando los fracasos deben ser enfrentados.**

El evangelizador que abandona la confianza en el Señor y pone su confianza en sí mismo, como actitud habitual y profunda -tan profunda que muchas veces ni siquiera percibe su actitud de autosuficiencia-, refuerza esta tentación con los éxitos que engendran sus cualidades humanas: éxitos brillantes, pero no siempre caminos de gracia y la gracia es la única obra permanente de Dios.

*Siempre me acordaba de aquel proverbio que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando». Así es que ponía tal cuidado y trabajaba con tal afán como si todo dependiera de mi industria; y al mismo*

*tiempo ponía toda mi confianza en Dios, porque de Él todo depende, y singularmente la conversión del pecador, que es obra de la gracia y la obra máxima de Dios (P. Claret, Aut. 274).*

**Y cuando el misionero apostólico deja de confiar en Dios, en su Palabra, también deja de confiar en la fuerza de la verdad:** variante de la carencia de confianza en Dios, pero con caracteres tan propios **que podemos presentarla como tentación novedosa.** La verdad cristiana presenta desafíos doctrinales y morales de tal radicalidad que, raramente, son aceptados por las corrientes ideológicas de las culturas dominantes. Verdades como la vida después de la muerte, la confianza en la providencia amorosa de Dios, el valor del sufrimiento, de la cruz, de la austeridad, el valor de la castidad, la defensa de la vida... **Confiar en la fuerza del Espíritu supone tener la convicción de que las verdades de la fe coinciden con la verdadera humanización (felicidad) del ser humano.** Y cuando esta confianza se pierde, el misionero apostólico está expuesto a la tentación de vacilar, de no ofrecer la verdad de Cristo y de la Iglesia pensando que no va a ser seguida o aceptada o que es inconveniente...

Entonces se ocultan verdades o se cae en la ambigüedad: confiando más en las «sabidurías» humanas que en la fuerza y el poder de atracción de la Verdad Evangélica. Y, por eso, **comienza a predicar problemas y no certezas,** confundiendo los distintos niveles del apostolado de la Palabra. Hay momentos y públicos que exigen la cuestión debatida, la conjetura, la opinión, el problema... Pero la catequesis, la homilía, la predicación misionera es transmisión de la esencia del mensaje cristiano: certeza de fe para renovar la vida, ni discusión teórica ni propuesta problemática.

Es evidente que pueden ser varias las causas de insuficiencia en la predicación: falta de estudio, de criterio, de experiencia o de discernimiento. Pero, también, es evidente que muchas veces su causa fundamental es la proyección de un estado interior de infidelidad no discernida: «de la abundancia del corazón habla la boca». Y entonces se busca la plausibilidad, no la verdad.

La comunidad cristiana se edifica sobre la fe, la esperanza y la caridad y no sobre discusiones, dudas, confusiones. La reflexión teológica crítica, exigible para la maduración de la fe, no pertenece al ámbito de la predicación; como ésta última no puede ser el único criterio exigible para la reflexión teológica crítica.

En continuidad con lo afirmado, debemos prestar atención a una tentación muy peculiar en la situación cultural actual: **la secularización de la esperanza cristiana**. La esperanza cristiana se fundamenta en las promesas de Cristo: la resurrección después de la muerte, la certeza de la presencia en la historia de su amor y de su gracia que hacen posible que el ser humano camine por la senda de la santidad en cualquier circunstancia; viva con dignidad; y sea capaz de luchar con esperanza inquebrantable contra toda forma de mal, contra la tentación en todas sus formas.

**Esta es la esperanza que esencialmente promueve la predicación de la Palabra.** Es tentación grave transmitir un mensaje de esperanzas humanas difuminando la identidad (esperanza) cristiana, buscando (la tentación bajo apariencia de luz) consciente o inconscientemente una acrítica sintonía con la cultura actual bajo la excusa de un desempeño más fructífero de la tarea apostólica. Las esperanzas humanas tal como son concebidas por el hombre de hoy (autorrealización histórica) no están garantizadas por la predicación de Cristo (entrega y martirio como camino de resurrección: experiencia pascual). Reducir la esperanza cristiana a realizaciones humanas legítimas (de «derechas» o de «izquierdas») es disolver la vocación radical cristiana: entrega de la vida mostrando, precisamente, el valor supremo de todas las liberaciones humanas.

Porque si se pierde el sentido trascendente de la vida humana, se **pierde el valor supremo de la dignidad personal**. Y las personas se convierten en instrumento de proyectos humanos y muy humanos.

Y desde proyectos humanos y muy humanos y solo aparentemente evangélicos, aparece **una nueva tentación**, de la que no es fácil

tomar conciencia: la **acepción de personas**. El rechazo de este demonio requiere un largo camino de iluminación de motivaciones apostólicas que, como toda iluminación de motivos, suele durar toda la vida. Lo habitual de esta tentación no son solo las discriminaciones por prejuicios (salvo caída muy grave): racismo, clasismo, nacionalismo, abusos... sino **discriminaciones sutiles** que descubren ausencia de libertad interior: más interés y más disponibilidad para algunas personas; más gusto y más querencia en su trato; búsqueda de gratificaciones; acompañamiento personal como recurso ante experiencias de soledad...

El apostolado debe testimoniar el primado de la caridad fraterna, que se revela preferentemente con los menospreciados y los olvidados; y sacramentalizar, ser signo eficaz, con radicalidad, nuestro voto de castidad: **corazón libre, enamorado exclusivamente de Cristo, para atender a todos los que requieran nuestra presencia.**

Muy cercana, quizá como variante de la tentación anterior, aparece el **sectarismo**, que conduce al misionero apostólico a encerrarse en su campo de trabajo, en sus ideas, en su grupo... El misionero apostólico sectario se encierra en su visión de las cosas, en los límites de su experiencia y desde su cerrazón juzga toda la realidad. Su visión ha dejado de ser católica: se pierde el sentido de pertenencia a la Iglesia, de la cual todo cristiano es solidario en sus éxitos y fracasos, en sus problemas y logros... Síntomas:

- la incapacidad para trabajar en grupo;
- aislamiento;
- desinterés por criterios y proyectos comunes;
- incapacidad para la evaluación comunitaria y la corrección fraterna;
- la reducción del apostolado a un sólo tema: grupos de oración, derechos humanos, liturgia, jóvenes...lo demás carece de interés.

El misionero apostólico sectario: sus cosas, sus gentes, su propia

experiencia, su propia visión. Todo lo diferente es cuestionable. La misma autoridad pastoral de la Iglesia es ignorada o dogmáticamente confirmada según niegue o confirme sus maneras de ver, de hacer...

No se olvide que lo propio del buen especialista es tener siempre presente la visión de conjunto y ejercer su actividad favoreciendo su crecimiento. Pero el «misionero apostólico monotemático» tiene una feligresía monotemática: hablará siempre al mismo público, que comparte su visión y sus intereses limitados. **El resultado: comunidades sectarias.** Y, entonces, los participantes en el grupo llegan a pensar que tienen la mejor verdad, o toda la verdad; que su orientación es privilegiada; que no tienen nada que recibir de otros grupos o movimientos de Iglesia: proselitismo que ignora el legítimo pluralismo. Pastoral (y teología) reducida a ideología.



### 2.3. La virtud de la mansedumbre

*Conocí que la virtud que más necesita un misionero apostólico, después de la humildad y pobreza, es la mansedumbre. Por esto Jesucristo decía a sus amados discípulos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y así hallaréis descanso para vuestras almas. La humildad es como la raíz del árbol, y la mansedumbre es el fruto. Con la humildad, dice San Bernardo, se agrada a Dios, y con la mansedumbre, al prójimo. En el sermón que Jesucristo hizo en el monte dijo: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. No sólo [la] tierra de promisión y la tierra de los vivientes, que es el Cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres (P. Claret, Aut. 372).*

Y en este horizonte de cerrazón (carencia de humildad: falta de obediencia) al querer de Dios que estamos discerniendo, y, sobre todo, para el misionero apostólico que empieza ya a tener cierto recorrido pastoral, puede aparecer **la tentación de encerrarse en sus vivencias**, tentación sutil que consiste en elevar sus experiencias apostólicas personales a categoría de principio universal. Con los años esta tentación se agudiza. Se tiende a la instalación y a promover sólo aquello que ofrece seguridad.

Conviene recordar frecuentemente que toda experiencia es relativa: tiene sus circunstancias propias, su lugar y tiempo irrepetible. **La verdadera sabiduría no se deja condicionar ni por éxitos ni por fracasos... La verdadera sabiduría: la libertad para aceptar la voluntad de Dios en cada momento.** La verdadera sabiduría, por eso, no engendra violencia, no pierde la paz, va acompañada siempre de la mansedumbre:

*¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre*

*ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.*

*¡Oh, alma cristiana, ama obedeciendo y obedece amando para que te purifiques con esta obediencia de caridad, y así purificada habite en ti continuamente la Santísima Trinidad! Así obtendrás aquella paz que da Jesucristo: paz con Dios; paz con los ángeles y santos del cielo; paz con tu conciencia; paz que consiste en hallar el descanso y felicidad **sólo en Dios aun en medio de las mayores adversidades y trabajos**. Esta paz es uno de los frutos del Espíritu Santo (P. Claret, *El templo y palacio de Dios Nuestro Señor*, BAC, EE., p. 148).*

Y, por eso, **el aburguesamiento, la instalación, el olvido de la peregrinación de la fe destruye radicalmente el celo apostólico**. Tibiezas, desganas, estancamientos... no están ligados, en principio, a una aceptación deliberada de mal, aunque con el tiempo pueda abocar a ella. La **mediocridad de vida**: tentación no explícita, pero sutil. A primera vista no parece tentación, pero quiebra el fervor (oración afectiva), el celo apostólico, el proceso de maduración cristiana. El misionero apostólico ha encontrado su pequeño lugar, su ritmo, su modo de trabajar arraigado en sus vivencias exclusivas. Es consciente que nuevos desafíos y exigencias retan la predicación de la Iglesia, pero no acepta la exigencia de la **formación permanente**. A los más jóvenes, que trabajan junto a él, los deja hacer, pero no se deja cuestionar por ellos. Puede, incluso, asistir a reuniones de renovación, pero nunca se cuestiona su vida. Sólo desea tranquilidad en su actividad pastoral, que suele realizar irreflexivamente.

Esta tentación va tomando cuerpo lentamente y se hace inevitable cuando el misionero apostólico pierde su apertura al Espíritu. Suele ir combinada con la instalación en sus propios defectos. El dinamismo espiritual está detenido. Bajo un exterior honesto, hay mediocridad interior. Desalentado, no tiene suficiente esperanza y confianza en Dios para seguir caminando y tácitamente ha pactado con la mediocridad. Este demonio induce a pensar que, sobre todo, después de cierta edad, hay derecho a buscar compensaciones: el misionero apostólico termina contentándose con exigencias mínimas.

Y, quizá, todo esto acontece por no haber combatido una de las tentaciones más sutiles de la vida apostólica: **la esperanza de una carrera gratificante**. Puede tentar de muchas maneras: cargos, poder, éxito... pero la tentación más sutil es esperar el reconocimiento y los elogios de los demás. Cuando no existen se interpreta como ingratitud y falta de aprecio; el misionero apostólico comienza a decaer en su motivación y entrega. De modo semejante, cuando hay críticas aparece el sentimiento de rechazo y persecución. Un poco más y su trabajo carecerá de la calidad que la Buena Noticia exige. La tentación produce una preocupación excesiva por la imagen. Se evita todo disenso u oposición legítima. Se pierde el verdadero gozo que nace de la fidelidad a la Palabra, transformando la evangelización en rutina y en deber.

*La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio de misionero apostólico. Cuando Dios envió a Moisés, le concedió la gracia y la virtud de la mansedumbre. Jesucristo era la misma mansedumbre, que por esta virtud se le llama Cordero: será tan manso, decían los profetas, que la caña cascada no acabará de romper, ni la mecha apagada acabará de extinguir; será perseguido, calumniado y saciado de oprobios, y como si no tuviera lengua, nada dirá. ¡Qué paciencia! ¡Qué mansedumbre! Sí, trabajando, sufriendo, callando y muriendo en la Cruz, nos redimió y enseñó cómo nosotros lo hemos de hacer para salvar las almas que él mismo nos ha encargado (P. Claret, Aut. 374).*

**La alegría de colaborar con la venida del Reino de Dios debe ser para el misionero apostólico el fundamento de todo su actuar. Lo demás se da, cuando se da, por añadidura... El misionero apostólico encuentra su gozo y el sentido de su vida en la experiencia del bien que Dios hace a través de él; da gracias a Dios, sin vanidad, porque Cristo lo eligió instrumento, libre y responsable, para «dar fruto que permanezca»; pide perdón con humildad porque por sus fallos y su falta de fidelidad Dios no ha podido hacer a través de él todo el bien que quisiera. Por eso, su *sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de***

***buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz***

#### **2.4. La virtud de la pobreza: la gran riqueza del misionero apostólico**

*Había observado que la santa virtud de la pobreza no sólo servía para edificar a las gentes y derrocar el ídolo de oro, sino que además me ayudaba muchísimo para crecer en humildad y para adelantar en la perfección (P. Claret, Aut. 370).*

El misionero apostólico debe luchar constantemente contra **la carencia de reciedumbre**. Este demonio debilita la abnegación del misionero: blandura y comodidad comienzan a dominar la propia vida; apego a hábitos que quitan libertad; se busca sistemáticamente lo más cómodo, lo más rápido con la excusa de eficacia apostólica. Los desánimos, entonces, aparecen con mayor frecuencia: ante las críticas injustas, ante las correcciones, ante los fracasos... ante las diversas formas de sufrimiento por causa del Reino. La tentación puede ser más grave si la prueba de reciedumbre proviene del interior de la Iglesia o de la propia comunidad apostólica. Uno de los sufrimientos peores del misionero apostólico es el de la «contradicción de los buenos», de su comunidad, de sus hermanos y compañeros de trabajo....

**El misionero apostólico necesitará siempre reciedumbre en las tensiones y conflictos, en las incomprensiones y sospechas... para mantener la fidelidad. La reciedumbre apostólica purifica, madura y prepara para el futuro.** El demonio de la fragilidad mantiene al misionero apostólico en fatal adolescencia: ideales imaginarios (sin realidad); voluntad quebradiza (sin fidelidad). La aspiración a cumplir la última bienaventuranza, tan presente en nuestras vidas carismáticas: bienaventurados los perseguidos (martirio...) no se improvisa y es vana si no se prepara y acompaña con la aceptación de las pruebas y las crisis que se derivan de la reciedumbre evangélica.

Y en el horizonte que abre la reciedumbre, la alegría que nace de la santa pobreza: «necesito poco, y lo poco que necesito lo necesito poco» (Francisco de Asís).

Y terminamos con dos tentaciones, que reflejan la falta de reciedumbre, y que impiden, también, con gran sutileza, la fidelidad apostólica.

**La envidia.** Se encuentra en la tendencia a encontrar y señalar de inmediato los defectos en todas las iniciativas pastorales donde el protagonismo personal no es subrayado. El cinismo es su expresión más sutil. Y sus fatales consecuencias: rivalidad, competición latente o explícita, ruptura de la unidad del Cuerpo de Cristo, ocultamiento del rostro del único que puede salvar.

**Y la tristeza,** o mejor, la **carencia de humor.** Demonio que inclina al misionero apostólico a dramatizar y a asumir el rol de víctima ante la dureza de la realidad (falta de experiencia de pobreza). El sentido del humor ayuda a relativizar las situaciones que nos afectan, engendra ecuanimidad, impide los fundamentalismos y, sobre todo, aleja de la acritud, de la amargura que imposibilita la mansedumbre evangélica. Los cismas, las herejías, las disidencias, las divisiones, los conflictos aparentemente insolubles, la falta de diálogo y de comunión se engendran donde se perdió el sentido del humor; la capacidad para desdramatizar: **la misericordia que posibilita reírse de uno mismo y de sus pretensiones mesiánicas.** (¡¡¡Cuántas discusiones dramáticas en su tiempo que, ahora, vistas de lejos, nos causan risa y, por eso, generan comunión!!!)

Ciertamente vivimos en un mundo desencantado, lo cual nos empobrece y aburre. Necesitamos ideales para vivir, pero cuidado con ellos. Porque por incapacidad para la mística cristiana, por incapacidad para asumir el actuar de Dios: «se despojó de su rango, pasando por uno de tantos» (radical pobreza: kénosis), cada vez que nos tomamos excesivamente en serio un ideal, acabamos encontrando una razón para excluir, para excomulgar, incluso para matar. Todos los fanatismos -signo de ausencia de verdadera oración- muestran su faz imponente y grave. Y a la vista de los desafueros causados por «iluminados» con aparentes verdades eternas, no es de extrañar que nuestros contemporáneos prefieran el «crepúsculo». Es algo que deberíamos tener presente todos

aquellos que debemos predicar más certezas de las que tenemos.

Pues bien, el humor, que nace de la confianza (santa pobreza) en el Dios que se preocupa del futuro del hombre, nos libera de la «furia de la seriedad» para abrirnos al entusiasmo, que es el arte de transformar el esfuerzo en gracia y donación. El humor pone las cosas en su sitio. Nos libera del fanatismo y del engreimiento, sin aniquilar el entusiasmo, como hacen la burla y la ironía. Y en nuestras comunidades eclesiales, últimamente, quizá compartimos, en exceso, burla e ironía y experimentamos, en demasía, la ausencia de humor. La gravedad mata y la superficialidad escandaliza. Necesitamos encontrar una salida para este atolladero. **Y el sentido del humor, por dar a cada cosa el valor que se merece, es sabiduría evangélica y nunca tendría que faltar en la vida del misionero apostólico.**



### 3. El discernimiento: camino que concluye en el anhelo de una vida mejor

Y después de tanto reflexionar con el deseo de discernir la propia vida apostólica, conviene volver al principio y situar nuestras posibles conclusiones en la vida cotidiana. Recordemos: «*Así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con que cuidado, con que pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo conversaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba!...*» (P. Claret, Aut. 306).

Todos tendremos que buscar nuestro camino de fidelidad, camino único, original e irrepetible: camino de libertad. Pero conviene que todos tengamos presentes los dinamismos que nuestra sabia tradición nos ofrece para renovar nuestra fidelidad. Los recordamos brevemente.

Dos textos paulinos nos permiten descubrir la insuficiencia, muchas veces consentida, de nuestra vida apostólica:

*Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom. 12, 2).*

*Y le pido que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y sensibilidad para todo. Así sabréis discernir lo que más convenga, y el día en que Cristo se manifieste os hallará limpios e irrepreensibles» (Filp 1,9-11).*

«No os acomodéis a los criterios del mundo, al contrario, transformaos, renovad vuestro interior...»: condición fundamental para poder «discernir la voluntad de Dios». Los criterios de discernimiento no son «criterios humanos». Es la Palabra la que ofrece los criterios para discernir los afectos interiores. La tarea de discernir exige, pues, ver como Dios ve, juzgar como Dios juzga, desear como Dios desea... En definitiva, que nuestros criterios sean los de Dios, que nuestro deseo quede ajustado al deseo de Dios.

«Que vuestro amor crezca más y más»: la caridad de Cristo nos urge, sin amor no hay vida apostólica. Por eso, la actitud que se cierra al amor, que se cierra al encuentro y a la entrega a Dios y al prójimo se incapacita para la fidelidad. No se trata, por tanto, de ser muy hábiles en el manejo de métodos pedagógicos. Se trata de amar mucho y de tratar de amor con quien sabemos que nos ama gratuitamente para entregar nuestra vida amorosamente (experiencia pascual).

*No os mintáis unos a otros, pues os habéis despojado de la vieja condición con sus prácticas y habéis revestido la nueva, que por el conocimiento se va renovando a imagen de su Creador. En la cual no se distinguen griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro y escita, esclavo y libre, sino que el Mesías lo es todo para todos. Por tanto, como elegidos de Dios, consagrados y amados, revestíos de compasión entrañable, amabilidad, humildad, modestia, paciencia; soportaos mutuamente; perdonaos si alguien tiene queja de otro; como el Señor os ha perdonado, así también haced vosotros. Y por encima de todo el amor, que es el broche de la perfección. Actúe de árbitro en vuestra mente la paz del Mesías, a la que habéis sido llamados para formar un cuerpo. Sed agradecidos. La Palabra del Mesías habite entre vosotros en toda su riqueza; con toda destreza enseñaos y exhortaos unos a otros. Con corazón agradecido cantad a Dios salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo invocando al Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col. 3, 9-17).*

Es la belleza de la vida del misionero apostólico que con temor y temblor se atreve a ser testigo de la Palabra. Y, por eso, para terminar y, también, para ayudar a nuestras decisiones en la vida cotidiana, un recuerdo esquemático de los presupuestos de la vida nueva que exige nuestra fidelidad:

- **Presupuestos fundantes** (principios que configuran el corazón del apóstol):
  - La “huella” de la voluntad de Dios en la afectividad humana -mociones, inclinaciones de la voluntad-.

- El «deseo» de Dios, el plan de Dios, revelado en la Palabra, como criterio de interpretación de la afectividad humana (criterio hermenéutico de la afectividad).
  - El seguimiento de Cristo, inclinación connatural al estilo de vida de Jesús de Nazaret, pobre y humilde, criterio que dirige el proceso de conversión.
- **Signos de conversión:**
- La pasión por acertar con el camino adecuado.
  - El amor al Único Absoluto que se traduce en una progresiva libertad frente a las cosas creadas. Sin ansiedades, sin angustias, sin rechazos... y siempre bajo el primado de la bondad y la misericordia (las cosas son buenas y bellas, creadas por Dios, pero Él es el amor primero. Las personas son buenas y bellas, creadas por Dios, pero Él es el amor primero. Nunca consentir que las cosas y las personas sean juzgadas como malas y concluir que, por eso, debemos ocuparnos solo de Dios... «porque hay muchos que piensan que aman a Dios porque nunca amaron a nada y a nadie»).
  - La inclinación connatural a ocupar los lugares históricos que Jesús ocupó. La inclinación connatural a asumir su causa.
  - El compromiso constante de asumir un estilo de vida que me permita discernir la voluntad de Dios.
  - Aceptación de las mediaciones (acompañante, superior, comunidad, Iglesia), contra el secretismo y como un signo claro de salida del narcisismo y búsqueda de transcendencia. El encuentro personal es el sentido de la vida humana y la condición de posibilidad del encuentro con el Tú Absoluto.

Y, al final, la Palabra, lámpara que siempre debe iluminar nuestro caminar:

## **2 Cor 5, 14-21**

Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.

## **1 Cor 3, 1-23**

Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales. Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando dice uno «Yo soy de Pablo», y otro «Yo soy de Apolo», ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según lo que el Señor le dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, edificación de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada cual cómo construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto,

Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego. Y la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego. Aquél, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa. Mas aquél, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. ¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario.

¡Nadie se engañe! Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio; pues la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios. En efecto, dice la Escritura: El que prende a los sabios en su propia astucia. Y también: El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios. Así que, no se gloríe nadie en los hombres, pues todo es vuestro: ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro; y vosotros, de Cristo y Cristo de Dios.

# ÍNDICE

1. El discernimiento cristiano .....	5
2. Las tentaciones de la vida apostólica .....	9
2.1. El fundamento de la misión: la caridad apostólica .....	10
2.2. La primera virtud del misionero apostólico: la humildad .....	11
2.3. La virtud de la mansedumbre .....	20
2.4. La virtud de la pobreza: la gran riqueza del misionero apostólico .....	23
3. El discernimiento: camino que concluye en el anhelo de una vida mejor .....	26



MISIONEROS  
**CLARETIANOS**  
HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

